

Introducción a la semana

Lun

6
May

2019

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Trabajad por el alimento que perdura para la vida eterna”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6, 8-15

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba.

Entonces indujeron a unos que asegurasen:

«Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios».

Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, presentando testigos falsos que decían:

«Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés».

Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel.

Salmo de hoy

Sal 118, 23-24. 26-27. 29-30 R/. Dichoso el que camina en la ley del Señor

Aunque los nobles se sienten a murmurar de mí,
tu siervo medita tus decretos;
tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus mandamientos;
instrúyeme en el camino de tus mandatos,
y meditaré tus maravillas. R/.

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu ley;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 22-29

Después de que Jesús hubo saciado a cinco mil hombres, sus discípulos lo vieron caminando sobre el mar. Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar notó que allí no había habido más que una barca y que Jesús no había embarcado con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían marchado solos.

Entretanto, unas barcas de Tiberíades llegaron cerca del sitio donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias. Cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron:

«Maestro, ¿cuándo has venido aquí?».

Jesús les contestó:

«En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre; pues a este lo ha sellado el Padre, Dios».

Ellos le preguntaron:

«Y, ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?».

Respondió Jesús:

«La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Esteban es uno de los siete “diáconos” elegidos para atender a las necesidades materiales de la primitiva comunidad cristiana, donde parece que había una cierta discriminación. No obstante, él no es sólo un buen administrador, sino un verdadero apóstol, predicador “lleno de gracia y poder”. Como Jesús, realiza “grandes prodigios y signos en medio del pueblo”. Y, también como Jesús, selló con su vida sus palabras. Fue su primer testigo.

Testigo del mensaje de Jesús

El servicio, en la Iglesia, no consiste solo en compartir bienes materiales –siempre necesarios y muchas veces urgentes–, sino sobre todo en anunciar la Palabra de Dios a todos. En hacerlo de manera convincente y sin rehuir el debate, que a veces puede ser vivo y conflictivo. En nuestro mundo, que valora mucho el ejemplo de quien es consecuente con su fe, hace falta también apoyar nuestras creencias en razones de peso, que se dirijan con rigor no solo al corazón, sino además a la inteligencia de quien desea comprender. Ya dijo san Pedro que tenemos que ser capaces de “dar razón de nuestra esperanza”.

Nacido en el judaísmo, el mensaje de Jesús, que predicaba Esteban, iba más allá de la ley y del templo. Se apoyaba en la larga tradición de Israel, pero contemplada con ojos nuevos, asumida en la perspectiva de un Dios de misericordia que dio su vida por nosotros en la entrega de su Hijo por amor. Un Dios al que podemos encontrar no sólo en el templo, sino en cada ser humano, que lleva en sí la imagen de su Creador y nos hace presente a Jesús cuando ejercemos con él la misericordia.

Un mensaje así, proclamado con pasión, puede conducirnos al enfrentamiento con los criterios de este mundo que no acepta tales valores, aunque los esté echando de menos sin saberlo. Nuestra tarea es ser testigos de su validez y de su necesidad para dar sentido a la vida humana sobre la tierra.

Un mensaje que viene de arriba

A Jesús lo buscaba la gente porque había saciado sus deseos materiales cuando multiplicó el pan en una ocasión. Sin duda también tenían hambre de otro pan más esencial, aunque no lo sabían. Jesús reconoció que “andaban como ovejas sin pastor”.

Es necesario mostrar a nuestros contemporáneos esa necesidad superior, que con frecuencia no se percibe a simple vista. Hace falta trabajar “no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura”, ocuparse “en los trabajos que Dios quiere”. ¿Cómo hacerlo? Jesús mismo lo dice claramente: “Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que Él ha enviado”.

Puede parecer extraño que Jesús hable de la fe como de “un trabajo”; ¿no es acaso un don de Dios? Sin duda, así es, y Dios no lo niega a nadie. Sin embargo, no todo el mundo tiene fe. ¿No será que tenemos que “trabajarla” un poco? Es decir, primero, descubrirla con interés: descubriremos creyentes, “creer” que creemos, convencernos de que aceptamos que existe Dios, que Dios nos quiere, que es Jesús quien nos lo ha revelado, porque ha venido de parte de Él para eso. Y luego, vivir lo que creemos, llevar la fe a la vida, iluminar desde “arriba” lo que hacemos por aquí abajo. Esfuerzo laborioso, pero cien por cien gratificante.

¿Por qué crees que tienes fe? ¿Y por qué tienes fe en lo que crees?



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Mar 7
May 2019

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua
Hoy celebramos: Beato Alberto de Bérghamo (7 de Mayo)

“Señor, danos siempre de este pan”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 7, 51 — 8, 1a

En aquellos días, dijo Esteban al pueblo y a los ancianos y escribas:

«¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo, lo mismo que vuestros padres. ¿Hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran? Ellos mataron a los que anunciaban la venida del Justo, y ahora vosotros lo habéis traicionado y asesinado; recibisteis la ley por mediación de ángeles y no la habéis observado».

Oyendo sus palabras se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo:

«Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios».

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación:

«Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Luego, cayendo de rodillas y clamando con voz potente, dijo:

«Señor, no les tengas en cuenta este pecado».

Y, con estas palabras, murió.

Saulo aprobaba su ejecución.

Salmo de hoy

Sal 30. 3cd-4. 6 y 7b y 8a. 17 y 21ab R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Yo confío en el Señor.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.
En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 30-35

En aquel tiempo, el gentío dijo a Jesús:

«¿Y qué signo haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Pan del cielo les dio a comer"». Jesús les replicó:

«En verdad, en verdad os digo: no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó:

«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás».

Reflexión del Evangelio de hoy

Yo soy el pan de vida

Uno de los siete diáconos helenistas, llamado Esteban, pronuncia un discurso al judaísmo de la diáspora y lo confunde. Eso le lleva a la muerte, y se abre una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Se abre, pues, la ruptura entre cristianos y judíos. El cristianismo se irá separando cada vez más de su origen judío.

La historia del pueblo judío se ha caracterizado siempre por la oposición a los guías designados por Dios, así como por la idolatría de Israel en el desierto. Rechazó a su Dios y adoró de todo corazón a los ídolos.

Esteban pasa ahora a atacar directamente a los jefes de Israel, su renuncia a cumplir su verdadera vocación.

El discurso de Esteban comienza con el estilo de la retórica griega, pero se convierte en un tejido de textos del AT, cuyo agente principal es *el Dios de la gloria*; él lo verá cuando sea lapidado.

Invocará el nombre del Señor; y Lucas subraya la semejanza entre Esteban, en el momento de morir, y Jesús en su pasión.

La muerte de Esteban sirve para adelantar el relato de la difusión de la Palabra desde Jerusalén hasta los confines de la tierra.

El Salmo recoge la confianza sólida del orante y lo expresa con imágenes inequívocas: su vida, su espíritu, los deposita en sus manos porque es un Dios leal que, como siempre, hace brillar su rostro sobre los que confían en Él.

Su misericordia es lugar y asilo seguro frente a todas las conjuras humanas.

Tener fe es más bien una obra

El día anterior la gente había presenciado un milagro; Jesús multiplica los cinco panes de cebada y los dos peces. Con tal sobreabundancia que, después de saciados, recogieron sobras llenando doce canastos.

Y desconcierta un poco que hoy —al día siguiente de la multiplicación de los panes— le digan *¿ qué signos haces para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra realizas?*

El maná era considerado el mayor milagro de cuantos realizó Moisés. Y ellos alegan a la Escritura: Pan del cielo les dio a comer. La cita de Juan no es traducción exacta de ningún pasaje del Antiguo Testamento, ni de Éxodo 16, 4, ni Éxodo 16,15, ni Salmo 78, 24, ni Sabiduría 16, 20.

Jesús les dice: No interpretéis *él* como referido a Moisés, ni leáis el pasado *dio*; en vez de esto, interpretad *él* como referido al Padre, y leed *da*.

Con la corrección de los tiempos Jesús indica que el Antiguo Testamento se cumple en su obra. El maná que dio Moisés no es el verdadero pan del cielo, sino la doctrina de Jesús.

El discurso del pan de vida se refiere a la revelación de Jesús, la fe es la respuesta esencial a esa revelación de Jesús. Jesús lleva a la multitud hacia un conocimiento más profundo que el nivel superficial y material del alimento.

Pero la respuesta se formula en términos de obras que se pueden realizar. Jesús, por su parte, insiste en la fe.

Conseguir la vida eterna no es cuestión de obras, como si la fe no importara nada; pero tampoco es cuestión de fe sin obras.

Tener fe es más bien una obra. Es ciertamente la más importante de todas las obras de Dios. No es una obra que realiza el hombre únicamente, sino más bien la sumisión a la obra de Dios realizada en Jesús. La mención de la fe hace que la multitud adopte una postura poco amistosa y que ponga en tela de juicio las pretensiones de Jesús.

Jesús asegura a la multitud que sus esperanzas mesiánicas ya se han cumplido. Que el verdadero pan del cielo es su enseñanza, pero la gente no llega a entender en absoluto el simbolismo y se queda en una idea completamente material del pan.

Jesús, partiendo de esta interpretación equivocada, inicia el gran discurso del pan de vida que leeremos en días sucesivos.



Sor María Rosario Botella O.P.
Monasterio Santo Domingo de Guzmán (Sant Cugat del Vallès)

Beato Alberto de Bérghamo

Alberto nació en Villa d'Ogna cerca de Bérghamo (Lombardía, Italia) hacia 1214. Es el primer beato seglar de la Orden. Muerta su mujer y sin descendencia, abandonando la casa y su pueblo, se fue a vivir a Cremona, donde hacia 1260 entra en la Orden de penitencia de Santo Domingo. De siempre había dedicado su vida a trabajar en el campo para ayudar material y espiritualmente a otros pobres como él. Murió en Cremona el 7 de mayo de 1279 y su cuerpo se venera desde 1903 en la iglesia parroquial de Villa d'Ogna. Su culto fue confirmado en 1748.

Del Común de santos o de los que practicaron la misericordia.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que quisiste que el beato Alberto

se destacara en su vida humilde

por su celo de la verdad

y por su apostolado de caridad;

concédenos seguir de tal modo su ejemplo que,

también nosotros podamos obtener

el premio que él ha recibido.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo

en la unidad del Espíritu Santo

y es Dios por los siglos de los siglos.

Mié Evangelio del día

8

May

2019

Tercera Semana de Pascua

Hoy celebramos: Patrocinio de la Virgen María (8 de Mayo)

“Y yo lo resucitaré en el último día”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 1b-8

Aquel día, se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén; todos, menos los apóstoles, se dispersaron por Judea y Samaria.

Unos hombres piadosos enterraron a Esteban e hicieron gran duelo por él. Saulo, por su parte, se ensañaba con la Iglesia; penetrando en las casas y arrastrando a la cárcel a hombres y mujeres.

Los que habían sido dispersados iban de un lugar a otra anunciando la Buena Nueva de la Palabra. Felipe bajó a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. El gentío unánimemente escuchaba con atención lo que decía Felipe, porque habían oído hablar de los signos que hacía, y los estaban viendo: de muchos poseídos salían los espíritus inmundos lanzando gritos, y muchos paralíticos y lisiados se curaban. La ciudad se llenó de alegría.

Salmo de hoy

Sal 65, 1-3a. 4-5. 6-7a R. Aclamad al Señor, tierra entera

Aclamad al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria.
Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras!» R.

Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios,
sus terribles proezas en favor de los hombres. R.

Transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.
Alegrémonos con él,
que con su poder gobierna enteramente. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 35-40

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás; pero, como os he dicho, me habéis visto y no creéis.

Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Ésta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.

Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día».

Reflexión del Evangelio de hoy

Los dispersados iban...anunciando la Buena Nueva de la Palabra

La persecución de la Iglesia de Jerusalén va haciendo realidad la promesa de Jesús: seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y *hasta el confín de la tierra (Hch 1,8)* e implica un cambio de dinamismo en la comunidad, una Iglesia en Salida (EG 21) que anuncia la Buena Nueva de la Palabra (Hch 8,4). El misionero en este caso, será Felipe, ya conocido por el narrador por ser el segundo de los siete diáconos (Hch 6,5), y del que más tarde se dirá que era evangelista, tenía 4 hijas vírgenes y profetisas y vivía en Cesárea del Mar, capital oficial de Palestina (Hch 21, 8-9).

Felipe baja hasta Samaría y allí predica a Cristo, al Mesías prometido. Los habitantes de esta región, dentro de su heterodoxia, también vivían a la expectativa de "un esperado", por lo que la palabra de Felipe provoca escucha atenta y se convierte en alegría al ser confirmada con exorcismos y curaciones, como hiciera el mismo Jesús (cf. Lc 4,31-37.40-41; 5,17-26).

Evangelizar es ofrecer la alegre noticia de Reino de Dios que se ha inaugurado en Jesús de Nazaret, y que trae la salvación a todo y a todos los seres humanos, lo que provoca una inmensa alegría en aquellos que la acogen: "La alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría". (EG1)

Para que el mensaje de la predicación llegue al corazón de los escuchantes y puedan acogerlo como vida propia, palabras y signos han de ir unidos en el predicador. La palabra ha de venir corroborada con el testimonio de la vida y los signos de la vida, explicados con las palabras. La coherencia entre lo que se dice, se piensa y se hace ha de ser la carta de presentación del predicador. Como canta brotes de Olivo, en "El alma del cantor":

"No quiero cantar a Dios si no hay brillo de Dios en mí.

Para cantar sin vivir mejor que calle.

La fuerza de la voz y la Palabra

está en la exigencia de hacerlo vida...

...Si no vivo lo que pienso ¿para qué pensar?

Si no vivo lo que escribo ¿para qué escribir?

Si no vivo lo que canto ¿para qué cantar?

Si no vivo lo que siento ¿para qué sentir?"

Dios escribe derecho con renglones torcidos. La persecución de la Iglesia conlleva su dispersión, y con ella el anuncio de Jesús a nuevas gentes. Desde los comienzos del camino de la Iglesia, "Sangre de mártires, semilla de cristianos" (Tertuliano).

El que cree en Él "tiene" vida eterna

El evangelio de hoy nos presenta unos versículos del profundo y denso discurso del pan de vida. Tras el milagro de los panes y los peces (Jn 6,1-15), Jesús pronuncia este discurso en la sinagoga de Cafarnaúm. En él, el profeta de Nazaret, relaciona el milagro realizado con el del maná dado en el

desierto por el Señor al pueblo de Israel (Ex 16,4ss), por lo que la gente le pide que le dé siempre de ese pan (6,34). Jesús responde con una frase que los deja atónitos: “Yo soy el pan de vida” (35a). ¿Pero, qué quiere decir Jesús con esa expresión?

Al presentarse, con las palabras “yo soy” está asumiendo su identidad divina, puesto que así se presentaba Yahvé en el AT (Ex 3,14; Cf Gn 26,24; Ex 6,6; Lv 18,4-5). Pero además cuando esta fórmula “yo soy” está seguida de un sustantivo, Jesús nos muestra la misión encomendada por el Padre, en este caso, el ser “pan de vida”. El profeta de Nazaret se presenta como el auténtico alimento que supera el maná dado por Moisés, o la sabiduría veterotestamentaria de la que se dice: “Los que me comen (dice la Sabiduría) tendrán más hambre y quienes me beben aún sentirán más sed” (Eclo 24,21; Is 49,10). Jesús es el pan de vida y los que comen de él, ya no tendrán hambre y quien crea en él, no tendrá sed. Las palabras, la vida de Jesús si satisfará las necesidades e inquietudes más profundas del ser humano, sus búsquedas, sus anhelos, sus expectativas, toda hambre y toda sed (v. 35b).

Junto a esto, Jesús promete al que crea en Él cree en él, la vida eterna, o lo que es lo mismo la participación de la misma vida de Dios (Jn 3, 16-18;36; 11,25). Esta empieza a realizarse aquí, en esta tierra, aunque será dada en plenitud en la “otra vida” que es la “vida otra”. Jesús promete, por tanto, la vida aquí *ahora* y luego, para siempre. Él es “el pan de vida” que trae buena y abundante vida para todos. No podemos obviar aquí la alusión al pan eucarístico. Cada eucaristía es una oportunidad de nutrir y fortalecer en nosotros la nueva vida que el Señor nos regala. Una vida donde el ser humano sea el centro de las estructuras sociales y políticas, donde se defienda la dignidad humana, donde las relaciones interpersonales estén marcadas por igualdad y fraternidad y en la que nuestro empeño sea hacer habitable, para nosotros y las generaciones venideras, esta “casa común”, que llamamos planeta Tierra. En este día en que celebramos el Patrocinio de la Orden, sintiéndonos bajo su manto, le pedimos a María que nos ayude a hacer extensible esta vida nueva a todos nuestros hermanos.



Hna. Mariela Martínez Higuera O.P.
Congregación de Santo Domingo

Patrocinio de la Virgen María

La Iglesia ha invocado a la Virgen María « con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora » ya que su función maternal perdura sin cesar en la economía de la gracia y « con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. » (LG n. 62)

Como afirma el MO fray Humberto de Romans: «La Virgen María fue una grande ayuda para la fundación de la Orden y se espera que la lleve a buen fin» (Opera, II, 70.71). Por ello la Orden de Predicadores reconoce desde sus inicios la protección de la Virgen y «no duda en confesarla, la experimenta continuamente y la recomienda a todos —frailles, hermanas y laicos— para que apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador » (LG, n. 62) para llevar a cabo la difícil misión de la salvación de los hombres.

La celebración del patrocinio de María en la Orden se celebró en la liturgia en coincidencia con el aniversario de la bula de fundación de la Orden el 22 de diciembre de 1216, pero ante la debida preferencia de las ferias de Adviento inmediatas a navidad, se propone su celebración en este día del mes de mayo – dedicado a la veneración especial de María- pues también en este día diversos calendarios litúrgicos de otros propios ya celebran diversos títulos de María.

Liturgia de las Horas. Propio O.P., pp. 722-723.

Jue
9
May
2019

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 8, 26-40

En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo:

«Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto».

Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe:

«Acércate y pégate a la carroza».

Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó:

«¿Entiendes lo que estás leyendo?».

Contestó:

«Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?».

E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:

«Como cordero fue llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
así no abre su boca.

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra».

El eunuco preguntó a Felipe:

«Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?».

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco:

«Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?».

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea.

Salmo de hoy

Sal 65, 8-9. 16-17. 20 R/. Aclamad al Señor, tierra entera

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,

haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies. R/.

Los que teméis a Dios, venid a escuchar,
os contaré lo que ha hecho conmigo:
a él gritó mi boca
y lo ensalzó mi lengua. R/.

Bendito sea Dios, que no rechazó mi súplica
ni me retiró su favor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 44-51

En aquel tiempo, dijo Jesús al gentío:

«Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado, Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios". Todo el que escucha al Padre y aprende, viene a mí.

No es que alguien haya visto al Padre, a no ser el que está junto a Dios: ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron; este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo».

Reflexión del Evangelio de hoy

Lo arrancaron de los vivos

Un eunuco encuentra a Felipe por el camino. Parece que un ángel le hubiera dado una brújula a Felipe para que se encontrara con él. Lo cierto es que Felipe no se fijó en la condición de aquel hombre: ni en su condición de ministro, ni en su condición de eunuco (hombre poco viril que gozaba de los favores del rey).

La lectura del Profetas Isaías del siervo de Yahvé le llevó al eunuco a preguntarse sobre a quién se refería las palabras del profeta. Felipe, se sienta a su lado, y le habla de lo sucedido a Jesús de Nazaret. Le anunció el Evangelio de Jesús, dice el texto. El anuncio condujo al eunuco a querer bautizarse.

El anuncio de la vida, muerte y resurrección de Jesús no está limitado a un pueblo, ni tampoco limitado a un determinado tipo de personas, todos somos destinatarios de la salvación. La única condición es escuchar la palabra de Dios, aceptarla, y querer comprometerse con la fe. Bautizarse es morir con Cristo, y asumir la vida de Cristo. Nada impide seguir a Cristo como discípulo si es capaz de escuchar su evangelio y aceptarlo.

La pregunta por Jesús de Nazaret no nos deja igual. Nos trastoca y nos transforma todos nuestros proyectos y caminos. Sólo la docilidad a sus palabras nos permitirá encontrar una respuesta confiada de fe.

Todo el que escucha lo que dice el padre y aprende viene a mí

No vale sólo con la escucha, lo que conduce a Cristo es aprender de la Palabra que escuchamos sobre Dios, en este caso del Padre. Esta idea nos recuerda las palabras en la teofanía del Bautismo de Jesús, en la que Dios Padre nos anuncia: "Este es mi Hijo amado, Escuchadle".

La escucha es el inicio del camino del discipulado, pero es el compartir la palabra, el compartir la vida, lo que dará experiencia a cada discípulo y será la puerta abierta para el aprendizaje.

Aprender las cosas de Dios es toda una tarea comprometida. Supone la decisión previa de creer en el proyecto de Jesús, de su programa de misericordia. Supone proclamar cada día la bienaventuranza de los desfavorecidos, ellos serán dichosos porque Dios ha puesto en ellos su mirada.

Aprender las cosas de Dios supone el abandono total y confiado a su voluntad, comprender que los caminos son un recorrido vital para la esperanza de que Dios siempre cumple su promesa de no dejarnos solos.

Oremos para que cada día encontremos al resucitado junto a nuestros pasos de fe, y podamos llevar a los demás el evangelio de la vida.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 1-20

En aquellos días, Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía:

«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

Dijo él:

«¿Quién eres, Señor?».

Respondió:

«Soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer».

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber.

Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías. El Señor lo llamó en una visión:

«Ananías».

Respondió él:

«Aquí estoy, Señor».

El Señor le dijo:

«Levántate y ve a la calle llamada Recta, y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso. Mira, está orando, y ha visto en visión a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista».

Ananías contestó:

«Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén, y que aquí tiene autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre».

El Señor le dijo:

«Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre».

Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

«Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno de Espíritu Santo».

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas, y recobró la vista. Se levantó, y fue bautizado. Comió, y recobró las fuerzas.

Se quedó unos días con los discípulos de Damasco, y luego se puso a anunciar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios.

Salmo de hoy

Sal 116, 1. 2 R/. Id al mundo entero y proclamad el Evangelio

Alabad al Señor, todas las naciones,
aclamadlo, todos los pueblos. R/.

Firme es su misericordia con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 52-59

En aquel tiempo, disputaban los judíos entre sí:

«¿Cómo puede este darnos a comer su carne?».

Entonces Jesús les dijo:

«En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre».

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Por qué me persigues?

La Conversión de San Pablo es presentada por San Lucas como una auténtica teofanía, porque el verdadero protagonista es Jesús, el Hijo de Dios, el Resucitado, que irrumpe en la vida de Saulo y en el de la propia comunidad cristiana que teme y desconfía del hasta ahora implacable perseguidor. La fe es así: Cristo entra en nuestra vida con su gracia y nos enfrenta con la Verdad: la mía y la de Dios. La ceguera pasajera nos indica un camino de preparación, de purificación para entrar en la Luz del Evangelio y en la comunidad del Espíritu que es la Iglesia.

Tendríamos que plantearnos la pregunta que Jesús hace a Saulo... porque también nos la hace a nosotros: ¿Por qué me persigues? Él, judío, no sabía quién era Jesús, pero tenía sus prejuicios equivocados sobre Él. Nosotros, bautizados, también muchas veces pues preferimos la fe aprendida a nuestra propia experiencia de encuentro con Cristo en la oración, los sacramentos y... el hermano necesitado, molesto... al que calumnio, persigo... en quien Él se hace presente: "Yo soy Jesús, al que tú persigues".

Este es el pan bajado del cielo

El Evangelio de hoy conserva todavía la radicalidad con que Juan nos relata el discurso de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún. Las expresiones de "el pan que os daré es mi carne para la vida del mundo" y de "comer mi carne" o "beber mi sangre" constituyen un escándalo para los judíos que se fijan en lo que consideran una blasfemia y no van más allá de un Éxodo que ahora cobra todo su sentido. Jesús no es solo el maná que alimenta el cuerpo. Es realmente la carne y la sangre que dan la vida eterna, la definitiva liberación del mal y de la muerte.

En la eucaristía adquiere esta expresión todo su valor: comulgar a Cristo no es solo aceptar el Evangelio, sino hacerlo plenamente vida, es compartir, asimilar la propia vida del Señor con todo lo que eso supone. Por eso, tras este discurso, San Juan nos dice que muchos de sus discípulos se escandalizaron y lo abandonaron. Y es que una cosa es aceptar la Palabra, participar en los sacramentos incluso y otra asumir que, como cristiano, Jesús está viviendo en mí, amando en mí, muriendo y resucitando... Comer su carne, beber su sangre es ser Cristo ante los hombres. Probablemente, si lo aceptáramos de verdad, quizá muchos no acudirían tan despreocupadamente a comulgar o plantearíamos de otra manera las primeras comuniones.

El santo arzobispo de Florencia San Antonino, dominico, fue un ejemplo de comunión con Cristo en la atención a su feligresía, sobre todo a los más necesitados. Es un ejemplo de pastor que sabe dar su vida por sus ovejas. Es también el caso de San Juan de Ávila, maestro de sacerdotes y de San Damián de Molokai, el apóstol de los leprosos.

¿Cómo ha sido mi propio proceso de Conversión? ¿Soy capaz de "ver" a Cristo en mis hermanos?

¿Qué significa para mí comulgar el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

¿Cómo valoro las primeras comuniones y el comulgar masivo en las eucaristías?



D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.
Fraternidad "Amigos de Dios" de Bormujos (Sevilla)

San Juan de Ávila

Una obra de Dios

[...] Es Dios quien hace los santos y en aquel siglo, especialmente en España fue, especialmente generoso, pues solamente entre los canonizados nos encontramos con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, con San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, con Santo Tomás de Villanueva, San Pedro de Alcántara, San Luis Bertrán, San Diego de Alcalá. No pocos de ellos conocieron y veneraron a Juan de Ávila. A todos y a cada uno los llevó Dios por senderos distintos, aunque todos desembocaban en una misma meta: la santidad, es cierto que con irisaciones de diversos colores.

Y a Juan de Ávila le hizo «Maestro ejemplar para su pueblo. Para el pueblo de Dios, que no se contrapone a la jerarquía, sino que la incluye, porque hasta los pastores, como diría San Agustín, también son ovejas, son cristianos con los demás cristianos, necesitados de fe, esperanza y caridad. Y ese misterioso título de maestro que le acompañó siempre, no es un mero título académico, sino un reconocimiento unánime de un magisterio que iluminaba con sus luces a papas, obispos, concilio, sacerdotes y cristianos, escogidos o humildes miembros de aquellas masas que por esos pueblos de Andalucía y Extremadura escucharon su palabra encendida. Maestro viviente de sus coetáneos, y también de las generaciones siguientes a través de sus escritos, tan apreciados por San Francisco de Sales, por el cardenal Berulle, por San Antonio María Claret, por el cartujo Molina.

Y ¿de qué mimbres se hizo Dios un santo y maestro? De un hijo único de familia acomodada, nacido en Almodóvar del Campo; de un estudiante de Leyes en Salamanca o de Artes y Teología en Alcalá; de su misacantano, ya sin padres, que repartió sus bienes a los pobres (1526); de un misionero frustrado de América, que no pudo acompañar al obispo Garcés acaso por razones de raza; de un hombre que inició su pre-dicación en Sevilla y por unas frases audaces tuvo que habérselas con la Inquisición. No solamente salió indemne de aquella prueba, sino que de aquellos meses de cárcel salió enriquecido con una comprensión del misterio de Cristo, que será nota distintiva de su espíritu. Dios y la vida misma fueron marcando su sendero, un sendero en alguna manera atípico: su preparación universitaria parecía encaminarlo al episcopado, a alguna prebenda catedralicia, a alguna cátedra universitaria, a una parroquia importante. Nada de ello conformará su vida; o porque no le llegó, o porque lo excluyó personalmente. Si quisiéramos definirla, no podríamos hacerlo mejor que recordando el tan lacónico cuanto expresivo epitafio de su tumba: *Messor eram*. Fue un segador, en el sentido evangélico de la palabra. Y aun me atrevería a decir que más propiamente fue un sembrador. *Exiit qui seminavit seminare semen suum*. Salió el sembrador a sembrar su semilla (Mt 13, 4). Su sementera comenzó en Sevilla (1528), siguió en Córdoba (1535), Granada (1536, 1539), Priego (1547), etc. A lo largo de estos años fundó tres colegios mayores universitarios y once menores. El de Baeza se transformó en universidad (1542); podría añadir, que en el primer Instituto de Pastoral. A punto estuvo de entrar en la Compañía de Jesús, donde iba a ser recibido como «arca del Testamento». Si lo hubiera hecho acaso no habría tenido que esperar cuatro siglos para alcanzar la gloria de la canonización. Pero no fue así, sino que, ya achacoso y enfermo, se retiró a esta Montilla, para aquí consumir sus últimos años, morir y ser sepultado (1554-1569).

Hombre de palabra

Su semilla, su único tesoro, era su palabra, una palabra saturada de meditación bíblica y caldeada en la oración, de la que salía «templado» para subir al púlpito. Predicó en ocasiones solemnes y en catedrales, y mucho más en templos rurales y en plazas. Sus sermones son ricos en doctrina, y al mismo tiempo realistas y acomodados al pueblo que le escucha. Instruye, persuade y conmueve, reprocha amorosamente el vicio de jurar, la explotación de los pobres, las injusticias de jueces y alcaldes, las deficiencias populares, los descuidos de los responsables de las familias, la ignorancia religiosa, etc. El año litúrgico con sus tiempos y fiestas (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, Corpus Christi, fiestas marianas o del santoral) le presta el marco para sus sermones. En ellos resuenan las verdades fundamentales, la redención, el misterio de Cristo, la gracia y el pecado, la conversión, etc., y cuando se dirige a sacerdotes, la vocación, el cumplimiento de los deberes pastorales, el ejemplo, la celebración eucarística, el celo pastoral.

Tiene el más alto concepto de la predicación, el misterioso ministerio de la palabra, «el medio para engendrar y criar hijos espirituales. «Faltando éste —dice—, qué bien puede haber sino al que vemos; que en tierras donde falta la Palabra de Dios —y de esto debía saber no poco por experiencia— apenas hay rastro de cristiandad». Se adelanta al Tridentino y sigue entre otros a Erasmo al asentar que la predicación personal es el deber principal de los obispos. Y en lógica consecuencia buscará los medios de formar predicadores según su espíritu, así como confesores: dos pilares del ministerio sacerdotal en los que debiéramos pensar.

«Maestro ejemplar por la santidad de su vida y por su celo apostólico». El texto litúrgico parece disociar y acumular estos dos conceptos fundamentales del magisterio de Ávila. ¿Puede en un sacerdote darse santidad de vida sin celo apostólico, o celo apostólico sin santidad de vida? Juan de Ávila cree lo que dice y vive de ello; y dice lo que cree y tiene arraigado en su espíritu. Aun sin el color personal de sus afirmaciones, sus escritos segregan convicción profunda, autenticidad, no hábiles juegos literarios, llenos de erudición, pero desprovistos de ese quid misterioso que convierte en sacramentales los escritos de los santos. «Predicador evangélico», lo llama a boca llena fray Luis de Granda en su deliciosa biografía de San Juan de Ávila (*Vida del padre maestro Juan de Ávila*. Edibesa, Madrid, 2000), «y limpio espejo de las propiedades y condiciones que ha de tener el que usa este oficio». Lo dice él, que algún tiempo compartió «una misma casa y mesa» y notó de cerca 'sus virtudes, el estilo y manera de su vida'. La santidad del pastor, que es amor de Dios y amor de sus ovejas, se transforma necesariamente en celo apostólico. A propósito de su «amor entrañable a todos» dice fray Luis de Granada, que «cada uno pensaba que era el más privado de todos o singularmente amado. Porque así amaba a todos como si para cada uno tuviera un corazón, lo cual es propio del amor que se funda en Dios. [...]

Santos y sabios sacerdotes

El primer Memorial enviado al Concilio de Trento (1551) con lógica implacable y hondo realismo señala la meta de sus anhelos en punto a reforma. «Lo que este santo concilio pretende es el bien y reformación de la Iglesia. Y para este fin, también consta que el remedio es la reformación de los ministros de ella. Y como éste sea el medio de este bien que se pretende, se sigue que todo el negocio de este santo concilio ha de ser dar orden cómo estos ministros sean tales como oficio tan alto requiere. Pues sea ésta la conclusión: que se dé orden y manera para educarlos que sean tales; y que es menester tomar el negocio de más atrás y tener por cosa muy cierta que, si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos; y si quiere tener gozo de buenos médicos de las almas, ha de tener a su cargo de los criar tales y tomar el trabajo de ello. Y si no, no alcanzará lo que

desea». Y líneas más tarde recalca la conclusión apuntada, sin duda ni escrúpulo: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad». Así de claro y contundente habla San Juan de Ávila al Concilio.

Esperaba que el Concilio diese orden de cómo los sacerdotes fuesen tales como su ministerio requería. Mas, dar orden era mucho más que dar órdenes. El Concilio, los concilios anteriores, los sínodos diocesanos y provinciales precedentes, llevaban un siglo dictando preceptos y cánones, reiteradas leyes, acompañadas de censuras graves, que tantas veces resultaban papel mojado, y de ahí su reiteración. La santidad no brota por decretos positivos, ni menos bajo amenaza de penas. Mucho había meditado San Juan de Ávila sobre este empeño infructífero de la Iglesia y su meditación le conducía a una conclusión pesimista:

«El camino usado de muchos para reformatión de comunes costumbres suele ser hacer buenas leyes y mandar que se guarden so graves penas; lo cual hecho, tienen por bien proveído el negocio. Mas, como no haya fundamento de virtud en los súbditos para cumplir esas buenas leyes, y por esto les son cargosas, han por esto de buscar malicias para contraminarlas, y disimuladamente huir de ellas o advertidamente quebrantarlas. Y como el castigar sea cosa molesta al que castiga y al castigado, tiene el negocio mal fin, y suele parar en lo que ahora está: que es mucha maldad con muchas y muy buenas leyes.»

No faltaban buenas leyes emanadas de papas, sínodos, concilios. Y en verdad no podemos despreciarlas. Al fin representan una cota de exigencia, una aspiración y deseo, refrendados por altas instancias. Mas la recepción fructífera de las leyes o, de otra manera, su cumplimiento y eficiencia, encontraban fuerte resistencia en la falta de voluntad de cumplirlas así como en costumbres inveteradas y difíciles de cambiar.

«¿Qué mejores leyes —dice más adelante— puede haber que las que hay hechas cerca de la santidad, y letras y régimen de toda la Iglesia? ¡Qué de penas están puestas para los transgresores de esas buenas leyes! Y con todo esto, no hay quien ignore cuán malos, cuán ignorantes y desordenados estamos los eclesiásticos.»

Trento había mandado que los curas explicasen el Evangelio a sus parroquianos. Los más no lo entienden —dice Ávila—, «y hay algunos de tal vida, y conocida por tal, que no osarán hacer esto; o si lo hacen, se seguirá más escarnio de ellos o de lo que predicán, que daño de no predicar. Y habrá muchos parroquianos que solamente por no oír declarar el Evangelio por personas de quien tan mal concepto se tiene, dejarán de ir a la Iglesia a la misa». Razón tiene al decir que »aprovecha poco mandar bien, si no hay virtud para ejecutar lo mandado».

Y los achaques del mandar afectan al propio concilio, que solamente podrá ser fecundo si encuentra sujetos bien dispuestos que acepten sus directrices: «Si quiere, pues, el sacro concilio que se cumplan sus buenas leyes y las pasadas, torne trabajo, aunque sea grande, para hacer que los eclesiásticos sean tales, que more en ellos la gracia de la virtud de Cristo; lo cual alcanzado, fácilmente cumplirán lo mandado. Mas, aquí es el trabajo y la hora del parto, y donde yo temo nuestros pecados y la tibieza de los mayores —alude a los obispos—. Que como hacer buenos es negocio de gran trabajo, y los mayores, o no tienen ciencia para guiar esta danza, o caridad para sufrir cosa tan prolija y molesta a sus personas y haciendas, conténtanse con decir a sus inferiores: "Sed buenos; y si no, pagármelo heis"; y no entienden en ayudarles a serlo. Porque el mandar es cosa fácil y sin caridad se puede hacer; mas el llevar a costas flaquezas ajenas con perseverante corazón de las remediar e hacer fuerte al que era flaco, pide riqueza de caridad... Y pues los prelados con clérigos son como padres con hijos, prevéanse el papa y los demás en criar a los clérigos como a hijos, con aquel cuidado que pide una dignidad tan alta como han de recibir. Y entonces tendrán mucha gloria en tener hijos sabios y mucho gozo y descanso en tener hijos buenos, y gozarse ha toda la Iglesia con buenos ministros».

Ardua era la tarea de lograr clérigos en que quepan las buenas leyes que están hechas y se han de hacer. Sin ello no duraba reforma alguna, 'por no tener fundamento».

La formación del sacerdote

Todo el programa de reforma de San Juan de Ávila apunta primordialmente a la elevación del nivel humano, intelectual y espiritual del sacerdocio. Por ello mismo estima que debiera ser el objetivo principal del concilio. Pero con enorme realismo afirma que es menester «tomar el negocio de más atrás». Más aún, tiene por cosa muy cierta que, «si quiere la Iglesia tener buenos ministros, que conviene hacellos..., y si no, no alcanzará lo que desea». Afirmación clara que debiera gravitar o, mejor, estar escrita en letras de oro en nuestros seminarios», como aquellas otras del mismo escrito en que dice: «Si la Iglesia quiere buenos ministros, ha de proveer que haya educación de ellos, porque esperarlos de otra manera es gran necesidad».

Él fue el que, adelantándose a la célebre decisión del concilio en su última etapa, sugirió la necesidad de crear uno o más colegios en cada obispado que se dedicasen a esta labor fundamental. En ellos se educarían en honestidad de vida y recogimiento, en estudiar para convertirse en maestros y edificaciones de las almas. Más aún, piensa en una educación especial para los que se destinen a confesores y predicadores, oficio muy olvidado, aunque sea el instrumento para «engendrar y criar hijos espirituales». Se ha de cuidar mucho la selección de los candidatos, estrechar el acceso al sacerdocio, admitir para él solamente a los hábiles, no ordenar a nadie sin la debida preparación. Y él, universitario de Salamanca y Alcalá y amigo de las letras, se muestra prevenido contra las letras sin santidad: «Por experiencia conocen todos casi nunca haber dañado a la Iglesia el sacerdote selecto que no fuese letrado ni rico ni alto, y siempre le dañó mucho la malicia armada de letras y de dignidad.

Con el mismo realismo y buen sentido propone los medios económicos que sirvan para la creación de estos colegios o seminarios, algo que ni hizo debidamente el Concilio de Trento. Y así su mandato de creación de seminarios, algo que por sí sólo hubiese justificado aquel concilio en opinión de un historiador, no se vio secundado por un cumplimiento generalizado. Uno y dos y más siglos tardaron algunas diócesis es-pañolas en cumplir este precepto tan vital.

Un sacerdocio difícil y heroico debía ser el horizonte de los candidatos. Y no está conforme San Juan de Ávila, él de vida tan austera, con el común parecer de su época, de que convenía que los eclesiásticos fuesen ricos y autorizasen sus personas con signos externos que las hiciesen respetables. Algunos pensaban que tal apariencia era conveniente a la honra de Cristo y de la Iglesia, como por ejemplo fray Melchor Cano.

Si esto fuese verdad —dice Ávila—, habría que concluir que Cristo no la honró, pues se trató al revés de lo que éstos suponen. «La honra de los ministros de Cristo es seguir a su Señor no sólo en lo interior, sino también en lo exterior». Y si no fuese suficiente el criterio evangélico, apela al juicio certero del pueblo: si quisieran «oír lo que dice de ellos el vulgo». Si lo escuchasen debidamente, «no dirían que con estas cosas son ellos estimados y, mediante ellos, la Iglesia; antes entenderían cómo por esto son desestimados y tenidos por profanos y juzgados por malos, aun de los muy ignorantes". Vida sin mendicidad ni riquezas propone San Juan de Ávila para los eclesiásticos. La estimación debida de los mismos obispos no consiste en las pompas «que ellos llaman honra de la Iglesia»; han de buscar otros caminos por los que merecen la estimación y la Iglesia por ellos.

Es una idea muy erasmiana y Avila, alumno de Alcalá, tuvo ocasión de leer a Erasmo, quien remite la «sublimitas» episcopal al modelo apostólico, y no a palacios y carrozas, como ocurría en su tiempo.

Muchas más cosas podrían decirse de este celo reformista de San Juan de Ávila, convencido como estaba de que la causa de los males y herejías de su tiempo era en buena parte efecto de los pastores negligentes y de falsos profetas o falsos enseñadores, brillantes pero vacuos, sin tener en cuenta cómo edificar el corazón con aumento de fe, esperanza y caridad, condescendientes con vicios y vanidades, responsables de que la gente haya perdido la estima de ellos y luego la fe misma en la Iglesia. Y ¿cómo no había de pensar así quien asienta como un axioma: «Ordenanza es de Dios que el pueblo esté colgado en lo que toca a su daño o provecho, de la diligencia y cuidado del estado eclesiástico»?

No voy a dar un repaso a las múltiples iniciativas pastorales concretas de San Juan de Ávila, positivas las más, como las encaminadas a suscitar una amplia labor catequética de niños y adultos, sobre niños y escuelas, sobre catecismos en lengua vulgar, educación de niños pobres, huérfanos y perdidos, especial atención a los campesinos, libros de lecturas, culto a la Eucaristía y comunión frecuente, sobre la vida consagrada de religiosos y religiosas; negativas otras, esto es, encaminadas a corregir abusos cerca del matrimonio, de la facilidad con que se admitía a la primera tonsura, de los derechos de las audiencias, de las exenciones, de las composiciones que amparan hurtos y engaños, de las indulgencias por cosas ligeras, de las excesivas excomuniones por causas livianas.

José Ignacio Tellechea Idígoras

Sáb

11
May

2019

Evangelio del día

Tercera Semana de Pascua

“Señor, ¿a quién vamos a acudir?”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 9, 31-42

En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría. Se iba construyendo y progresaba en el temor del Señor, y se multiplicaba con el consuelo del Espíritu Santo.

Pedro, que estaba recorriendo el país, bajó también a ver a los santos que residían en Lida. Encontró allí a un cierto Eneas, un parálitico que desde hacía ocho años no se levantaba de la camilla.

Pedro le dijo:

«Eneas, Jesucristo te da la salud; levántate y arregla tu lecho».

Se levantó inmediatamente. Lo vieron todos los vecinos de Lida y de Sarón, y se convirtieron al Señor.

Había en Jafa una discípula llamada Tabita, que significa Gacela. Tabita hacía infinidad de obras buenas y de limosnas. Por entonces cayó enferma y murió. La lavaron y la pusieron en la sala de arriba.

Como Lida está cerca de Jafa, al enterarse los discípulos de que Pedro estaba allí, enviaron dos hombres a rogarle:

«No tardes en venir a nosotros».

Pedro se levantó y se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron a la sala de arriba, y se le presentaron todas las viudas, mostrándole con lágrimas los vestidos y mantos que hacía Gacela mientras estuvo con ellas. Pedro, mandando salir fuera a todos, se arrodilló, se puso a rezar y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo:

«Tabita, levántate».

Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. Él, dándole la mano, la levantó y, llamando a los santos y a las viudas, la presentó viva.

Esto se supo por todo Jafa, y muchos creyeron en el Señor.

Salmo de hoy

Sal 115, 12-13. 14-15. 16-17 R/. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?

¿Cómo pagaré al Señor

todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,

invocando el nombre del Señor. R/.

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor

la muerte de sus fieles. R/.

Señor, yo soy tu siervo,

siervo tuyo, hijo de tu esclava:

rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,

invocando el nombre del Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 6, 60-69

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús dijeron:

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?».

Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y, con todo, hay algunos de entre vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Muchos creyeron en el Señor

Estamos en tiempo de pascua, en tiempo después de la resurrección de Jesús. Durante estos días, las primeras lecturas nos suele hablar de la expansión de lo que hoy llamamos iglesia de Cristo y cómo iba aumentando de día en día. Aumentó en tiempo que sufrió persecución, donde San Pablo todavía no cristiano, perseguía a los seguidores de Jesús. Pero hoy san Lucas nos relata cómo también se expandía en tiempo de paz. “En aquellos días, la Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaría... y se multiplicaba animada por el Espíritu Santo”.

En este contexto encontramos a Pedro visitando diversas comunidades. Hoy le vemos en Lida y Jafa donde realiza dos milagros. En Lida cura a un parálítico, a Eneas, y en Jafa resucita a Tabita. “Esto se supo en toda Jafa y muchos creyeron en el Señor”.

Ya sea en tiempo de persecución, en tiempo de paz, con ambiente favorable o adverso, todos los Pedros y Pablos, todos los predicadores del evangelio, que somos todos los cristianos, con milagros o con la sola palabra de Dios, nunca nos debemos predicar a nosotros mismos, sino solo a Jesucristo muerto y resucitado, nuestro único Salvador, para que se adentre en el corazón de nuestros oyentes y les pueda conquistar por su gran amor.

Señor, ¿a quién vamos a acudir?

Jesús, en su intento de acercarse a nosotros y decirnos quién es, no asegura: “Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”.

Jesús quiere demostrarnos que nos ama y nos ama hasta el extremo. Y el amor pide unión con la persona amada. Sabe también que la unión con él, la amistad con él, es un torrente de vida para nosotros. Por todo ello, porque es Dios y tiene poder para ello y porque nos ama, es capaz de inventar la eucaristía, y hacer del pan y vino eucarísticos su cuerpo y su sangre para que nosotros lo podemos comer y beber. Y se produzca la intensa unión vital con él.

A algunos de sus oyentes les pareció que Jesús se pasaba de la raya. No podían creer lo que les decía. Sus palabras eran muy duras e imposibles y dejaron de seguirle. Pero Jesús no se volvió agrás de su sublime oferta amorosa del pan y vino eucarísticos. Y tuvo la valentía de preguntar a los que se quedaron con él si también se querían marchar. “¿También vosotros queréis marcharos?”. Y Pedro, en nombre de los seguidores de Jesús de todos los tiempos, le respondió: “Señor, ¿a quién vamos a acudir. Tú tienes Palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

El día **12 de Mayo de 2019** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).